

La verdadera sabiduría

Hugo Estrada



El verdadero sabio es el que sabe aplicar sus conocimientos para relacionarse con Dios, con el cosmos y con sus semejantes.

Una persona puede tener muchos conocimientos en ciclopédicos y no ser sabia, porque no ha aprendido lo mejor: saber vivir. En el enfoque bíblico, la sabiduría es un don del Espíritu Santo por medio del cual se experimenta gusto especial por las "cosas de Dios". Este es un "don" del Espíritu Santo que se nos concede en nuestro Bautismo. Pero se nos regala como una semilla que se va desarrollando más y más en nosotros, si le permitimos al Espíritu Santo que nos dirija.

Cuando se desarrolla el don de Sabiduría en la persona, le va entrando "hambre de Dios", de las cosas de Dios. Dice un salmo de la Biblia: *"Como busca la cierva corrientes de agua viva, así te busco a ti, Señor"* (Sal 42). Eso es lo que se llama el "hambre de Dios", la sed de las cosas del Espíritu. Los del pueblo de Israel tenían que hacer un largo y penoso trayecto para llegar a las fiestas litúrgicas del Templo de Jerusalén. Iban con entusiasmo y por eso cantaban: *"¡Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor"* (Sal 122). Los sacrificios que tenían que imponerse para llegar al Templo quedaban eclipsados por el gozo de poder participar en las fiestas litúrgicas.

David, en sus Salmos, dejó constancia del don de Sabiduría que Dios le había regalado. En el salmo 84 escribió: *"¡Qué deliciosa es tu morada, Señor todopoderoso! Me consumo anhelando los atrios del Señor, todo mi ser es estremece de alegría ansiando al Dios vivo... Vale más un día en tus atrios que mil en mi casa; prefiero el umbral de la casa de mi Dios a vivir en las tiendas del malvado"* (Sal 84,2.3.11).

La primera experiencia profunda de Dios que tuvo Moisés fue en el desierto en donde escuchó con claridad la voz de Dios, que le hablaba desde una zarza ardiente. Conforme el don de Sabiduría se fue acrecentando en Moisés, ya no se contentó con oír la voz de Dios. Le suplicó a Dios que le mostrara su "rostro" (Ex 33). El místico es el que se ha abierto tanto a las cosas de Dios que se siente incómodo lejos de ellas. Como David, prefirió un día en la casa del Señor que mil en las casas del mundo.

PEDIR SABIDURÍA

Muchas cosas del mundo nos agradan sobremanera: nos gusta una buena película, un partido de fútbol, una buena comida, un paseo, etc. Es muy difícil poder afirmar que sentimos el mismo gusto por las cosas de Dios. Se supone que por medio de la religión nos queremos relacionar con Dios, demostrarle nuestro amor, nuestro agradecimiento. ¿Sentimos gozo al hacerlo? Con frecuencia, nuestras prácticas de piedad las realizamos porque tenemos que cumplir algo que está mandado. Por eso

El don de Sabiduría nos ha sido regalado en nuestro Bautismo, pero como que ha quedado bloqueado por algo negativo en nosotros: no se ha desarrollado del todo.

con facilidad las dejamos o las realizamos con mediocridad. Al participar en algunas eucaristías, es difícil asegurar que de veras se está celebrando la presencia de un Jesús vivo en medio de la comunidad: los rostros de los asistentes no se distinguen por su alegría; falta espontaneidad. Es duro decirlo, pero a veces la Eucaristía tiene más de velorio que de celebración gozosa.

Todo esto nos indica que necesitamos pedir al Espíritu Santo que acreciente en nosotros el “don de Sabiduría”, el gusto por las cosas de Dios. Que experimentemos gozo en la oración, en el canto, en la escucha de la Palabra de Dios, en el servicio a los hermanos. El don de Sabiduría nos ha sido regalado en nuestro Bautismo, pero como que ha quedado bloqueado por algo negativo en nosotros: no se ha desarrollado del todo.

A Dios le interesa nuestro corazón. Una fe sólo de intelecto es una fe fría, sin gozo.

Habría que analizar también si en nuestra manera de relacionarnos con Dios no se ha dado mucha importancia al intelectualismo, a la razón, y se ha descuidado la fe del corazón. San Pablo dice: “Cuando se cree con el corazón, actúa la fuerza salvadora de Dios” (Rom 10,10). A Dios le interesa nuestro corazón. Una fe sólo de intelecto es una fe fría, sin gozo. Es por eso de suma importancia, antes de iniciar nuestra oración o nuestra meditación de la Palabra, rogarle al Espíritu Santo que nos conceda el don de Sabiduría, el gozo de rezar, de oír la Palabra, la predicación, de participar en la Eucaristía.

¿TENEMOS GOZO?

La palabra sabiduría viene del verbo latino “sapere”, que significa “gustar”. El Señor no quiere que le ofrezcamos, como los fariseos, un culto por obligación. Por cumplir. El Señor quiere que sus hijos tengan gozo en alabarlo, en bendecirlo, en participar con la comunidad en los actos de culto. Sobre todo, en el acto principal de acción de gracias, la Eucaristía.

Jesús dijo: *“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba, del interior del que cree en mí brotarán ríos de agua viva” (Jn 7,37-29)*. San Juan apunta que Je-

sús se refería al Espíritu Santo que habrían de recibir los que creyeran en él. Esos ríos de agua viva, de los cuales carecemos tantas veces en nuestros desiertos espirituales, son los que el Señor nos quiere conceder por medio del Espíritu Santo. Para eso, primero hay que “tener sed” de las cosas de Dios, de la que tantas veces carecemos. Tenemos sed de las cosas del mundo. Llegamos muchas veces a la iglesia llenos de programas televisivos, de diversiones, de músicas profanas, de afanes mundanos. Llegamos saturados de las cosas del mundo. Por eso no sentimos sed de las cosas de Dios.

Ante estas constataciones, que nos avergüenno nos queda otro camino sino humillarnos ante el Señor y rogarle ardientemente que nos conceda el don de Sabiduría. Que se suavicen nuestra mente y corazón para que en espíritu y verdad podamos rezar, gozar de su Palabra, de la predicación, del servicio a los hermanos. El Señor quiere que nos acerquemos a él, no por “compromiso”, sino con el gozo del hijo que se acerca a su Padre para gritarle con alegría: “Abba, Padre”.

